

DULCE ET UTILE: LOS CUENTOS DE ASENSIO SÁEZ

VERONICA DEAN-THACKER
Transylvania University

En la introducción a *The Virtuous Life in Greek Ethics*, se plantean las siguientes preguntas: “¿Qué significa poseer un carácter moral? ¿Cómo se puede adquirir y desarrollar tal carácter? [y] ¿Cuál es la conexión entre carácter y responsabilidad?” (Reis, 1). Asimismo, el 13 de enero de 2008 apareció en el *New York Times* un artículo de un profesor de psicología de la Universidad de Harvard titulado “The Moral Instinct”, en el cual se profundiza en el significado de la palabra moralidad. Plantea la pregunta de cuál de estos tres individuos (la Madre Teresa, Bill Gates y Norman Borlaug –un nombre hasta ahora poco conocido–) era el más moral, sabiendo que la gran mayoría de lectores escogerá, sin detenerse a pensarlo, a la Madre Teresa. Luego el autor señala el bien que han hecho los otros dos hombres: “A Borlaug, padre de la ‘Revolución Verde’ que ha empleado la agronomía para disminuir el hambre en el mundo, se le ha atribuido la salvación de un billón de vidas, más que a cualquier persona en la historia del mundo. Gates, al decidir qué hacer con su fortuna, calculó que podría aliviar más miseria al combatir contra males cotidianos del tercer mundo, tales como la malaria, la diarrea y los parásitos” (Pinker, 2008).

Los temas de la moralidad y de la vida ética han sido la base de mucha de la literatura española desde Don Juan Manuel hasta Manuel Rivas, sin que haga falta mencionar a Cervantes, los comediógrafos y los místicos. Últimamente estas ideas están volviendo a destacar, y se está indagando en el fenómeno de la moralidad, así como en sus orígenes y evolución. En un artículo reciente de *Temas para el debate*, se ha

discutido la orientación política, económica y social del presidente francés Sarkozy, llamando la atención a su categorización como neoliberal en términos de la economía, pero como neoconservador en la esfera social, con "...valores neoconservadores de la familia, de la patria, del trabajo, de la autoridad, de la moral" (Santesmases, 2007). No obstante, el tema sigue candente.

Con el fallecimiento de Asensio Sáez, el "hijo predilecto" de La Unión, ha llegado a su conclusión medio siglo de relatos breves, muchos de los cuales han tratado temas de la moralidad y la vida ética. Aunque recurrió de vez en cuando al estilo de Don Juan Manuel, no obstante en términos generales prefería el estilo horaciano de enseñar y deleitar para que la lección fuera agradable. (*Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci* del *Ars Poetica* de Horacio, línea 343, es decir, el que ha combinado lo dulce y lo útil lo gana todo.) En una reunión informal en La Unión en el verano de 1989, efectivamente, Asensio aseveró que para él la verdadera literatura tenía que poseer la cualidad de la belleza, su palabra para lo dulce. Y a pesar de no haber dicho nada concreto en esa ocasión sobre lo didáctico, sus obras sirven como testimonio de la importancia de este fin en sus relatos concisos, poéticos y visuales.

José Belmonte Serrano, en su estudio preliminar de la primera antología de los cuentos de Asensio, señala la semilla de la cual brota esa tendencia hacia el didacticismo, citando las palabras del autor incluidas en su libro *Vivir no era una fiesta*, que iluminan la pasión por la enseñanza del maestro unionense: "...me dediqué ilusionadamente, apasionadamente, a la enseñanza..." (Sáez, 14). Como maestro de escuela, Asensio se interesó por la formación de sus alumnos no sólo en términos académicos sino también éticos, morales, y espirituales. Él mismo se aferró en vida a un código ético y moral, entendiendo el valor de reforzar estas cualidades en sus alumnos a través de su propia valoración de ellas. Están, además, bien arraigadas en su obra. Como señala Belmonte:

Pero si existe un elemento que verdaderamente defina a los cuentos de Asensio Sáez, éste sería el didacticismo en ellos contenido, muy a la manera del viejo uso del género desde que don Juan Manuel le diera forma definitiva. [...] El carácter didáctico de los cuentos de Asensio Sáez es algo que él mismo no oculta. En esas aleccionadoras apostillas finales que traen a la memoria los endecasílabos finales del *Libro de Patronio*, queda todo al descubierto (Sáez, 21-22).

Dado el gran conocimiento de Asensio de la literatura mundial, se ve en sus obras huellas de la Biblia, de textos didácticos del medioevo, de obras clásicas, y de otras más contemporáneas. En "Amigo Quino", de 1962, por ejemplo, se observan, en un contexto contemporáneo, ecos de los Diez Mandamientos del Antiguo Testamento, en particular el décimo, "No codiciarás los bienes ajenos". El narrador recuerda cómo en su juventud la Junta Benéfica de Damas organizó un "Día del

Pobre” en que las familias del pueblo debían albergar a un pobre de la calle. Así se plantea el tema de la caridad. A la casa de la familia del narrador llega un joven ex-marinero, cuyas historias deleitaban a los niños. Debido al éxito del día, los niños le piden a su padre que permita que el pobre (Quino) vuelva otros domingos, y el padre accede. Quino divierte a los niños con sus “cuentos extraordinarios” hasta que un domingo no reaparece. El padre les explica que le ha prohibido a Quino que vuelva porque es un ladrón. Para los niños, es la primera gran desilusión, y no están dispuestos a creerlo. Pero, todos los niños sufren estos desengaños, y, como parte de la madurez, aprenden a superarlos. Años más tarde, siendo hombre el narrador, se presenta “la inesperada confesión de Dominica (la criada)”. Creyendo que se está muriendo y condenando, la mujer, a modo del Don Juan de Tirso, le confiesa al narrador:

No fue el pobre, fui yo quien urdió la mala trama que cubrió de ignominia al Quino, librándome a mí tan ricamente. Al hijo le mandé los buenos monises que saqué de la plata, plata labrada, maciza y relampagueante. ¡Me andaba tan necesitado mi buen Marcos, sirviendo al rey! Aguante por rancho en tierras desconocidas, ¡Verdura cocina a un hombre canijo y padeciendo de la solitaria! (Sáez, 129-130)

La codicia de la criada da lugar a la pérdida de la honra de Quino, y a la pérdida de un amigo para los niños, pero su confesión en el último momento reivindica al pobre, y le recuerda al lector la incredulidad de los niños que conocían mejor al pobre Quino, la cual sirve como reivindicación también de los niños incrédulos y su defensa inútil de los indefensos. La voz de la autoridad —el padre— asume lo más obvio, sin asegurarse de que su denuncia esté basada en hechos concretos, y como consecuencia él mismo entrega el veredicto de culpable al inocente. Así que aunque la criada hace recordar el octavo mandamiento: “No dirás falso testimonio ni mentirás”, el padre tampoco queda libre de culpabilidad ya que no analizó bien la situación antes de emitir un juicio sobre Quino. El narrador, en el desenlace, expresa su creencia que la víctima no podrá guardar rencor, y que habrá sabido perdonar a la familia. “No, no puede resultar rencoroso quien alberga en su corazón un caudal de poesía como el tuyo”. *Dulce et utile*.

Los cuentos de Sáez no reflejan sólo los mandamientos del Antiguo Testamento sino también del Nuevo, en particular “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22, v. 39). El tema de la caridad vuelve a surgir en el cuento “Acaso” sobre una tía antipática y tacaña que les realquila parte de su piso en Madrid a su sobrino, Paco, y a la familia de él. Trasladados a la capital por haber ganado Paco las oposiciones allí, él y su esposa lamentan que la tía no haya tomado cariño a sus dos hijitos, pero no le echan la culpa por su situación económica. La pequeña familia vive bajo la nube negra de la tía, la cual un día sale para la iglesia y más tarde, a pesar de la hora avan-

zada, sigue sin volver. La pareja piensa para sí misma: “Un accidente, un atropello, el hígado de tía Luisa que estalla como un globo de colores. Los macizos muebles, los armarios repletos de buena ropa, la cajita de las pequeñas joyas, las amplias habitaciones, los inmensos, jubilosos espacios para su liberación”. Se pensará en el décimo mandamiento de no codiciar..., pero al mismo tiempo en el nuevo de amar al prójimo. Se recordará la caridad, la justicia, ... y tal vez la hipocresía (manifestada en la tacañería de la beata). Mientras que la joven pareja no da señal alguna de antipatía u hostilidad hacia la tía, el lector discierne en seguida el pecado de omisión por parte de la señora.

En “Calle Real”, el narrador recuerda, a través de una serie de viñetas, a ciertas figuras que vivían en su misma calle cuando era niño, y una de esas personas protagoniza una de las viñetas del cuento. En la primera viñeta del relato, “El hombre que no hacía nada”, aunque tiene un tinte irónico y humorístico, también se puede valorar por su implicación en contra del *polypragmosyne* (πολυπραγμοσυνη) de Platón, es decir, la condición de estar o aparentar estar atareado y sin tiempo disponible para pensar y considerar las cuestiones trascendentales. Tiene, además, un mensaje en pro del aprecio de las cosas sencillas de la vida, y en pro, también se diría, de la inconformidad:

Don Anselmo vivía en la Calle Real y no hacía nada.

“Y usted, qué, don Anselmo, ¿no hace nada?”

“Hombre, nada, lo que se dice nada... Yo leo, observo el cambio del tiempo, miro caer la lluvia sobre las fachadas y silbo alguna que otra melodía. En fin, ya saben ustedes”.

“Vaya, vaya, con don Anselmo”.

Mi padre era amigo de don Anselmo. Mi padre, siempre que podía, salía en defensa del no hacer nada de don Anselmo.

“Don Anselmo no hace nada porque no tiene tiempo”.

Y era verdad. Después de su reposada lectura –muchas, tal vez demasiadas horas de lectura al día–, de predecir si llovería del Norte o de Levante, de descubrir a cambio de la detenida observación si en la torre de Santa María había crecido un jaramago, pues es claro que el bueno de don Anselmo disponía de muy poco tiempo para ese hacer lo que la gente esperaba siempre de don Anselmo.

“Don Anselmo, usted como siempre, ¿eh?”

“A ver, hijo” (Sáez, 150-151).

El lenguaje, lejos de ser rebuscado, rezuma costumbrismo hasta tal punto que parece estarse escuchando en plena Calle Mayor de La Unión, pero en tiempos más humildes. Tanto el lenguaje como el mismo don Anselmo evitan el paso apresurado

y la falta de tiempo para poder dedicarse a la actividad mental, cerebral, y tal vez la consideración de las cuestiones más importantes de la vida.

De la misma índole, pero con repercusiones más artísticas, Sáez le regala al lector con “El vendedor de globos” (pintura impresionista/poética en prosa) un escape nostálgico hacia un paraíso de colores y calor humano. Cierta vendedor de globos, siempre en su esquina al despuntar el alba, entrega a los transeúntes su “ilusión hecha burbuja”, o “la fantasía del día en amarillo de limón temprano, azul de ola, rojo de degollación”. Según el narrador, era difícil resistir “por un sucio puñado de calderilla...el inestimable tesoro del optimismo y la ilusión. [...] Luego, resultaba bonito contemplar, calle arriba, calle abajo, el paso de los transeúntes, cada uno con su correspondiente globo disparado hacia arriba, prendido en el hilo tenso, cabeceante y jugueteón en la zona de las marquesinas y los rótulos comerciales”. Pero llega un día en que la gente no se detiene en el puesto para comprar sus globos, ni siquiera saluda al vendedor. Viendo él que a la gente ya no le importan los globos y que “su misión en la tierra había terminado”, decide regalar sus globos. Pero cuando ni una sola persona se le acerca para aceptar su globo gratis, él reúne los más hermosos globos, les corta las amarras, y les deja subir libremente al cielo, pasando por “la línea de las azoteas, ... las agujas esbeltísimas de la catedral... la cumbre de los montes, las espaldas de las nubes, el vuelo de los pájaros ...” (Sáez, 107).

Esta alegoría emplea el globo como la perfecta metáfora para las ideas artísticas ya que, como ellas, tiene forma y belleza, y como ellas, eleva el espíritu del ser humano. Trata del fenómeno del cambio inevitable, en este ejemplo de la irrelevancia que siente el artista cuando, debido a cambios en la sociedad, sus ideas y su producto ya no se aprecian, ni cuando se ofrecen gratis. El narrador pone de relieve la tendencia humana de desprestigiar lo apreciable.

Otro cuento didáctico, “La carta”, analiza los efectos del orgullo, de la falta de prudencia y de la afición a la dramatización. A una mujer joven (Adela) se le muere el marido de un infarto, no antes de escribirle él una carta que le llega durante el velorio. Ella se niega a abrir la carta. Durante décadas rinde tributo a su marido difunto: “De algún modo, algo de Pepe permanecía inédito, vivo todavía, bajo el sobre. Mientras la carta permaneciese cerrada, sin cumplir su misión de comunicación, mientras unas letras de Pepe, embudidas en una piel de papel tela, aguardase su oportuna lectura, Pepe no se habría ido del todo” (Sáez, 285). Cuando Adela ya es anciana, por fin abre la carta y lee la decisión de Pepe de no volver a casa, prefiriendo huir con una amiga de la pareja. Adela, casi paralizada de horror, quema la carta después de pensar para sí, “No existe esta carta, nunca fue escrita”. El tono marcadamente iró-

nico de esta narración impide que sea dulce pero no que el lector saque de ella una buena lección al ver cómo la mujer recién viuda convierte al marido difunto en un pequeño dios, adorándole durante toda su larga vida. Una de las descripciones que más merece una mención es la del afecto prestado al sobre cerrado durante las décadas de vida solitaria de la viuda. “De vez en cuando, sentada junto al balcón, acariciaba una y otra vez la carta, sopesándola amorosamente, tenaz, entre sus manos de cuarteada piel. Terminaba siempre depositando un beso sobre el papel, ya visiblemente ajado” (Sáez, p. 287). Otro detalle irónico, entre muchos, es el momento en que un amigo mutuo de la pareja, después de varios años de luto por parte de ambos Adela y él, le pide que se case con él, y ella lo despide sumariamente diciéndole, “Acabas de profanar la memoria de Pepe” (Sáez, 286).

Los cuentos de Asensio Sáez exponen una plétora de vicios humanos, pero sus conclusiones llevan siempre al menos una pizca de esperanza, sea a través de la edificación artística o espiritual, o un pequeño guiño irónico o humorístico dirigido al lector. Y a propósito del lector, Sáez cuenta con su participación y su conocimiento de los principios de la ética. A los asesinos que corren por sus cuentos, los ladrones y la gente mala o al menos antipática, Sáez suele presentarlos como figuras comunes y corrientes, no como aberraciones sociales. Evidentemente aprueba la teoría literaria de Anton Chekhov que aseveró: “si yo introduzco subjetividad en el texto, la imagen se distorsiona y el cuento no será tan compacto como debe ser escrito. Cuando escribo, cuento totalmente con el lector para que él o ella supla los elementos subjetivos que no aparecen en el relato” (Friedland, 5). Al considerar la gran variedad de elementos artísticos y técnicas narrativas empleadas por Sáez en sus relatos breves (o “compactos”), se ve que en la mayoría de sus cuentos didácticos presenta el marco escénico, los personajes, el conflicto, la acción, y el desenlace, pero deja que el lector supla la lección.

OBRAS CONSULTADAS

Friedland, Louis. S., ed. *Letters on the Short Story, the Drama, and Other Literary Topics by Anton Chekhov*. Traducido al inglés por Constance Garnett. New York: Minton, Balch and Co., 1924.

Pinker, S. "The Moral Instinct". *The New York Times*, 13 enero 2008,

Reis, B. *The Virtuous Life in Greek Ethics*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Sáez, Asensio. *Cuentos*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1986.

Santesmases, A. G. "El debate de los valores. Lecciones de la experiencia francesa". *Temas para el debate*, junio de 2007.